

El ciudadano y la construcción de la ciudad

Esteban Anchustegui Igartua, *El Tiempo de la Filosofía Política*, Editora Jurídica Grijley, 2013, 232 pp.

ISBN: 9789972044243

ISSN 1989-7022

ILEMATA año 6 (2014), n.º 14, 239-245

Se señala con frecuencia que la crisis económica que nos golpea desde hace años viene acompañada de otra crisis, esta vez de naturaleza política.¹ Vivimos tiempos de gran incertidumbre política y social, marcados por el progresivo estrechamiento del espacio público, el debilitamiento del sentimiento de comunidad o la propia deslegitimación de la democracia como sistema político. En la calle crece una actitud de desafección e inutilidad hacia «lo político»; y la clase política, incapaz de revertir la situación, se desgasta y se ve en muchos casos sacudida con constantes brotes de corrupción. No sería exagerado afirmar que es la dignidad misma de la actividad política la que está puesta en cuestión. En el libro que ahora se comenta, Esteban Anchustegui, profesor titular de Filosofía Moral y Política de la Universidad del País Vasco (UPV/EHU), identifica los dos aspectos que a su entender resulta ineludible abordar si se quiere comenzar a superar esta situación, *regenerar y profundizar la democracia y fortalecer la noción de ciudadanía*. Estas serían las tareas que ante sí tiene la filosofía política (entendida tanto en su vertiente académica como en su faceta normativa y reivindicadora) de las próximas décadas, tareas que el profesor Anchustegui hace suyas y que recoge perfectamente en la afirmación que da título a su trabajo: es *el tiempo de la filosofía política*.



El tiempo de la filosofía política

A juicio de Anchustegui, la filosofía política vive hoy “un momento histórico privilegiado” (19), si bien se discuten mucho los porqués de esta situación. Hay quien apunta a la «resurrección» de la filosofía política en la década de los 70 y los 80 para explicar el momento especialmente fértil y dinámico que atraviesa este campo del saber en la actualidad, pero esta es una afirmación ciertamente apresurada en opinión de Anchustegui. A partir de la década de los 50 factores como el predominio de la ciencia positivista, el apogeo del Estado del Bienestar o el alto grado de consenso con respecto a la democracia como orden político vacían supuestamente de contenido la filosofía política, que entra en un estado de crisis y desorientación. “La filosofía política ha muerto”, aseguran lacónicamente autores como Weldon o Laslett, y esta sentencia es aceptada y repetida acriticamente. Siguiendo este estado de cosas, serían el progresivo debilitamiento del positivismo, la crisis del Estado del Bienestar o la publicación de *A Theory of Justice* (1971), de John Rawls, los factores que habrían impulsado el renacimiento de la disciplina.

La cantidad y la calidad de los autores y las obras de reflexión política teórica que aparecen en los años 50 y 60 desafían sin embargo este punto de vista. “De hecho —afirma Anchustegui—, comparadas con las primeras cinco décadas del siglo XX, las dos siguientes representan un auténtico renacimiento de la filosofía política” (41). En esos años, se publican obras de autores hoy considerados clásicos como —entre otros—, M. Oakeshott, H. Arendt, I. Berlin, L. Strauss, F. Hayeck, o el propio J. Rawls (cuya *Teoría de la Justicia* está basada en artículos escritos entre 1951 y 1963). Lejos de estar muerta, la filosofía política de los años 50 y 60 goza de gran vitalidad y pone los cimientos de una nueva manera de pensar y trabajar, cuyos frutos cosechamos ahora.

Lo que suponen las décadas 70 y 80 en el devenir de la filosofía política es, según Anchustegui, la revitalización de esta materia como *filosofía práctica*. Y aquí sí que la publicación de *A Theory of Justice* (1971) de Rawls supone un acontecimiento decisivo, pues esta obra logra que muchos autores acepten el carácter esencialmente normativo de la filosofía política y con ello la idea de que la tarea de la misma era “no solo desarrollar principios para evaluar la estructura social, sino también diseñar instituciones, procedimientos y políticas apropiadas” (53). Desde entonces, en el transcurso de las cuatro décadas siguientes, la filosofía política “se ha constituido

en una disciplina bien definida y que cuenta con un sólido soporte institucional (revistas, cátedras, congresos, etc.)” (19).

Pero según Anchustegui la actualidad de la filosofía política revela algo más profundo, un fenómeno más general, algo que rebasa sus propios contornos. Se trata de una «politización» de la filosofía en general, de un giro político de la filosofía, como si ésta se hubiera vuelto hacia sus orígenes. Una vez que se ha desvanecido todo fundamento o que se ha dejado de contemplar la filosofía como el reino de la verdad —ahora que están cuestionadas la ontología o la epistemología—, la política se ha convertido en el único «marco de fundamentación» que le queda a la filosofía. Tras toda la revisión crítica, analítica y deconstructiva que la filosofía se ha hecho a sí misma, a ésta no le queda otra que alzarse sobre cimientos políticos, plurales, democráticos.

Una filosofía política para nuestro tiempo

De ahí que sea muy ilustrativa la metáfora de la democracia como «construcción de la ciudad» que Anchustegui recoge de Nicolas Tenzer. El gran desafío que tiene la filosofía política de nuestro tiempo es pensar y levantar un espacio común de convivencia, de deliberación libre y decisión compartida, y abierto a todos los ciudadanos, entendidos a su vez como individuos iguales y autónomos. Esto supone elaborar una noción fuerte de ciudadanía, que supere la visión generalmente individualista e instrumental con la que el individuo concibe hoy su relación con las instituciones públicas. Las sociedades democráticas se manifiestan frágiles, apáticas e incapaces de abordar los múltiples frentes —económicos, culturales, ideológicos, medioambientales— que ante sí se abren si sus habitantes se perciben solamente como titulares de derechos, acreedores de determinadas prestaciones que las instituciones han de suministrarles. Necesitan, antes bien, “ciudadanos que se conciban a sí mismos como miembros comprometidos con su comunidad y con el interés colectivo” (99). Este debilitamiento del sentido de comunidad fue precisamente el que originó en los años 70-80 un intenso debate entre liberales y comunitaristas, al que fue progresivamente incorporándose una tercera vía, la republicana, que aun siendo la más antigua goza actualmente de gran salud. Anchustegui dedica unas páginas a desgranar de manera pulcra y didáctica las líneas maestras de estos tres modelos de ciudadanía, advirtiendo de antemano que se trata de “tipos ideales” (104), esto es, que los contornos reales del debate son difusos y cambiantes, y de

la falta de rigor que entraña etiquetar, sin más explicación, a los diferentes autores en una tradición u otra.

Anchustegui también cree preciso repensar aquellos aspectos del concepto de ciudadanía que deben acomodarse a las necesidades de los nuevos tiempos. En primer lugar, es necesaria una mejor comprensión del estatus de «pertenencia» del ciudadano. La realidad del Estado-nación ha traído como consecuencia un solapamiento de las nociones de ciudadanía y nacionalidad, es decir, hasta ahora se ha venido equiparando este estatus de pertenencia con la identidad nacional. Dicho de otro modo, la ciudadanía, que se basa en premisas universalistas, estaría condicionada por la pertenencia nacional, representada por el elemento diferencial. Anchustegui tiende a afirmar la primacía del patriotismo de tipo republicano con respecto al nacionalismo para evitar excesos particularistas. Frente al «patrioterismo» chauvinista excluyente de tantos nacionalismos, Anchustegui propone fomentar un «patriotismo cívico» que permita aglutinar voluntades en torno a un proyecto colectivo, pero supeditado a los principios de justicia y democracia.

En segundo lugar, se hace preciso un reforzamiento de los derechos sociales, condición inexcusable para poder hablar de verdadera ciudadanía. No se puede olvidar que el mero estatus del ciudadano como titular de ciertos derechos y miembro pleno de la comunidad política no es nada más que un envoltorio hueco si no va acompañado del disfrute de las condiciones materiales que posibilitan el ejercicio efectivo de dicho estatus, y se convierte en un factor de exclusión para aquellas capas poblacionales económicamente menos favorecidas. Un debate que dista mucho de ser nuevo, pero que hoy resulta absolutamente necesario insistir en ello debido al avance triunfante de la retórica neoliberal y el consiguiente deterioro del Estado de Bienestar: la ciudadanía plena solo es posible si está asociada a ciertos requisitos en la forma de «derechos sociales».²

Y, en tercer lugar, otro de los «temas de nuestro tiempo» que afecta de lleno a la cuestión de la ciudadanía es el llamado «desafío del multiculturalismo». Anchustegui aborda este punto asumiendo la dificultad del problema y la inadecuación de los modelos tradicionales de ciudadanía para el contexto de las sociedades pluralistas modernas. A partir de la distinción habermasiana entre autonomía privada y autonomía pública o cívica, Anchustegui inicia la búsqueda de un modelo de ciudadanía que pueda construir identidades cívicas comunes, pero que afirme simultáneamente

la diversidad cultural. Las identidades ciudadanas han de poder agrupar en su seno tanto los valores particularistas de cada comunidad y cultura como valores universales tales como la libertad y la democracia. Se trataría, en definitiva, de “conciliar un consenso básico en torno a una política que, asentada en los procesos democráticos, la comunicación libre y el control constitucional del poder (la repetida cultura política del «patriotismo constitucional»), fuese capaz de adoptar decisiones que promuevan y articulen la convivencia” (167).

Para Anchustegui, en esta doble labor de construcción de la ciudad y de elaboración de una ciudadanía plena es de gran ayuda el concepto de *lealtad política*, una virtud no demasiado trabajada pero que se antoja fundamental para enfocar la cuestión de la relación del individuo con la comunidad política. Anchustegui considera el uso de la lealtad política, entendida como “aquella adhesión afectiva, emotiva, prudencial o racional al grupo al que se pertenece, y que acarrea solidaridad y corresponsabilidad” (168), particularmente adecuado para entender el desapego y la falta de compromiso con la cosa pública que caracteriza al ciudadano de hoy, así como para atajar uno de los lastres que atenaza hoy la práctica política, como es el de la corrupción política y sus consecuencias. La lealtad política “contiene las claves para una necesaria revitalización de la política y la búsqueda del interés común, herramienta fundamental para recuperar y desarrollar actitudes que —como ciudadanos y como comunidad— nos posibiliten hacer frente y con garantías a las viejas carencias y a los nuevos retos que se nos avecinan” (21-22).

Si bien acepta que toda lealtad política (liberal o comunitarista, por ejemplo) es bienvenida para construir una comunidad política más comprometida y responsable, Anchustegui suscribe el modelo de lealtad cívica o republicana, que a su entender recoge lo mejor y desecha las deficiencias y excesos de esas dos tradiciones políticas. Se trataría de una lealtad crítica, reflexiva y condicional (separándose con ello de la lealtad de inspiración más comunitarista o nacionalista), una lealtad más entendida como *actitud* (consciente, deliberada), que como *sentimiento* (natural, inconsciente), es decir, entendida como una disposición razonada y con pretensiones de universalidad. De hecho, el objeto de la lealtad cívica o republicana sería el marco universal de la constitución democrática, es decir, la ley, como aquello “que permite y consolida la diferencia, el respeto a lo particular y la convivencia tolerante y pacífica en la diversidad” (182). En resumen, impulsar desde las instituciones democráticas un tipo de lealtad política como la republicana se antoja fundamental

para construir una nueva cultura política que afronte los retos y las dificultades a las que nos enfrentamos. Una nueva cultura política que bien podría tener en Latinoamérica a su gran protagonista.

El tiempo de América Latina

El profesor Anchustegui lleva años desarrollando su actividad profesional a caballo entre la Universidad del País Vasco y diversas universidades de Perú, Venezuela, Brasil o México, donde combina la docencia con la coordinación de másteres y programas de doctorado. Anchustegui cierra su libro con una reflexión optimista en torno al presente y al futuro de Latinoamérica. A su entender, "una de las singularidades de la crisis económica global que nos atenaza es que en América Latina y el Caribe la Banca no quebró ni quedó paralizada, que los Gobiernos no han tenido que acudir al exilio de los bancos privados ni propiciar su rescate, que los créditos hipotecarios prosiguieron con su actividad ordinaria, que los activos tóxicos no formaron parte del lenguaje financiero, y que las tasas de déficit fiscal y de deuda soberana no se han disparado y se han mantenido razonablemente estables" (184). Aunque el triunfo del neoliberalismo en amplios terrenos de la cultura y la ideología está acarreado consecuencias globales, lo cierto es que América Latina parece aguantar mejor el envite. Los países de la comunidad que forman América Latina y el Caribe "han ofrecido testimonios concluyentes de responsabilidad fiscal, austeridad financiera y preferencia por las personas" (187). En este sentido, paralelamente a una vigorosa recuperación de las economías de la región y de una estrategia económica adecuada, para Anchustegui América Latina reúne en estos momentos las condiciones favorables para implantar el espacio de la «gran política», para implantar un modelo de ciudadanía vigoroso, participativo, responsable y solidario.

Como acertadamente señala Javier Iguñiz en el Prefacio, este libro "es a la vez un manual y un manifiesto para la democracia deseada" (16-17). Efectivamente, *El Tiempo de la Filosofía Política* tiene la virtud de, por una parte, servir de gran ayuda tanto al estudiante de grado o posgrado que necesite introducirse o consultar las cuestiones más discutidas hoy en filosofía política, como al profesor que busque tener en un solo volumen una útil introducción a la materia. En él encontrará, expuestos de manera clara y ordenada, una breve historia de la filosofía política y una definición de su objeto y tareas (primera parte), un análisis del ámbito de lo político y la acción política (segunda parte), y una evaluación de las principales

cuestiones de filosofía política (tercera parte). Pero el libro va más allá y busca un saneamiento y fortalecimiento de la democracia y de su agente principal, el ciudadano, y reivindica la lealtad política de este último como el mejor pegamento para resistir los ataques y amenazas presentes y futuros. A este respecto, la lectura de este libro es recomendable para todo aquel ciudadano inquieto que se sienta preocupado con el devenir y bienestar de su «ciudad» y sus conciudadanos. O, como señala su autor, para toda persona “que tenga *apego* hacia su comunidad política y se sienta identificada en el proyecto colectivo compartido” (103).

Ion Arrieta Valero

(UPV/EHU)

ion.arrieta@ehu.es

Notas

1. Este trabajo se incluye dentro de una investigación financiada por una beca predoctoral del Gobierno Vasco (Programa de Ayudas FPI-2011).
2. Idea que Anchustegui reitera en otro trabajo también recientemente publicado: “La convivencia social y el neoliberalismo”, en Esteban Anchustegui Igartua (ed.) (2013): *Economía, Democracia y Valores en un Mundo Global*. Madrid, México D. F.: Plaza y Valdés.